

# Galería modernista

## *Azul...* y la experiencia chilena de Darío

A Chile le agradezco una inmensa cosa:  
la iniciación de la lucha por la vida.

R. D.

**O**bviamente, *Azul...*, por su circunstancia, fue una obra «chilena». Allí se concibió, se gestó y se publicó, tras aparecer sus textos en revistas y periódicos. A este país sudamericano debió Darío, por tanto, ese personal logro de su estética innovadora. Y aún más: su primera experiencia dentro de la sociedad capitalista en la que tuvo que subsistir con la pluma o, propiamente, como redactor del diario *La Época* de Santiago y colaborador de otras publicaciones periódicas (*La Libertad Electoral*, *La Tribuna* y *Revista de Artes y Letras* de Santiago; *La Unión* y *El Heraldo* de Valparaíso).

Los investigadores de este período fundamental, sobre todo los chilenos —pensamos en Armando Donoso y Arturo Torres Ríoseco, Raúl Silva Castro y Julio Saavedra Molina— han sido suficientemente explícitos en detallar las relaciones y creaciones literarias del joven de diecinueve años que arribó a Valparaíso el 24 de junio de 1886. En ese puerto, donde lo esperaba su protector Eduardo Poirier, permaneció escasas semanas, ya que su deseo era ir a Santiago, «la ciudad de la cultura francesa —la define uno de ellos—, de lujosos palacios y hermosos parques»<sup>1</sup>. Y así era, realmente.

<sup>1</sup> Arturo Torres Ríoseco: *Vida y obra de Rubén Darío*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1944, pág. 26.

En la capital chilena, Darío encontró ambiente propicio —tertulias y artes plásticas, bibliotecas y costumbres, etc.— para afinar su gusto por lo francés —ya iniciado en su formación nicaragüense— y profundizar en el conocimiento de los autores galos: objetivo, por lo demás, que mantendría a lo largo de su existencia. Sus amigos, entre los cuales se destacaban Pedro Balmaceda Toro, contribuirían a ello en forma determinante. Pero este aspecto ya ha sido tratado con la minuciosidad debida<sup>2</sup>.

Lo que no se ha establecido es que la experiencia de Darío, transcurrida más en Santiago que en Valparaíso, significó el encuentro directo con la modernidad. Esta no era solamente un proceso económico ni una visión cultural, sino que consistía en la experiencia histórica que mediaba entre uno y otra, centrándose en el *desarrollo* unificador de ese proceso y esa visión. Tal *desarrollo* impulsaba, por un lado, las transformaciones objetivas de la sociedad desencadenadas por el advenimiento del mercado mundial capitalista y, por otro, los cambios subjetivos en la vida y personalidad individuales. Y ambas dimensiones condicionaron a Darío durante los dos años, siete meses y dieciséis días de su período chileno.

Efectivamente: él se adaptó e integró, en cuerpo y alma, al medio de este país hasta el grado de considerarse —en una carta desconocida— «chileno». ¿Su destinatario? Un viejo amigo, J. Camilo Gutiérrez —de León, Nicaragua— a quien le confiaba: «Aquí (en Valparaíso, J.E.A.) vivo, aquí trabajo, aquí lucho, aquí aprendo los libros en el propio combate, aquí he triunfado... y aquí, en fin, ha salido el pollo que en Nicaragua desdenes y envidias quizás, orejas cerradas y frentes arrugadas, sobre todo hielo, mucho hielo, tenían en un eterno cascarón». Y le añade con juvenil orgullo:

En resumen, aquí en medio de la brega, he venido a saber que valía poco, pero algo. Y quien, no hace tres años fue acusado como vago en el *cabildo* de León de Nicaragua, ha llegado a ser redactor de *La Época* de Santiago de Chile.

Vuelvo a decir a U(sted) que esta es la confesión leal de un amigo a otro, de un joven que empieza a uno que ha peleado ya mucho, de un pollo en fin, a un gallo. Así hablamos los chilenos<sup>3</sup>.

Este íntimo testimonio, aún no aprovechado por los biógrafos, refleja la intensidad del cambio que se operaba en la personalidad de Darío, motivado por el *autodesarrollo*: la respuesta —o reforzamiento de la capacidad humana y su ampliación vital— ante el *desarrollo* que generaba la modernidad. Fechado el 6 de noviembre de 1887, indicaba la forja de un carácter y la realización de todo un hombre de letras y de estudios. Para entonces, Darío tenía en su haber las siguientes actividades:

— La redacción de muchas páginas de la novela folletinesca *Emelina*, concebida por Eduardo Poirier, a la cual incorporó recuerdos autobiográficos.

<sup>2</sup> Aparte de Silva Castro, el más exhaustivo de los chilenos, Edelberto Torres es el autor más reciente que ha puntualizado a fondo dicho aspecto en dos capítulos de La dramática vida de Rubén Darío. Edición definitiva, corregida y aumentada. San José, C.R., Editorial Universitaria Centroamericana, 1980, págs. 146-204.

<sup>3</sup> Carta reproducida facsimilarmente y transcrita en La Nación, Managua, 13 de diciembre, 1975. No ha ingresado en ninguno de los epistolarios conocidos.

cos, aportó el título (Rosario Emelina Murillo se llamaba su reciente y frustrada pasión amorosa) e intervino en el argumento (julio, 1886)<sup>4</sup>.

— Los cursos libres de Derecho Público e Internacional tomados en la Universidad de Chile y «dirigidos por Don Jorge Huneeus» (agosto, 1886-febrero, 1887)<sup>5</sup>.

— El trabajo en *La Época*, donde colaboraba en forma fecunda, pero también sufría las burlas de sus colegas y el desprecio del director Eduardo Mc Clure (a partir de agosto, 1886...).

— La edición de su «primer libro chileno»: *Abrojos* en la Imprenta Cervantes de Santiago, a iniciativa de Manuel Rodríguez Mendoza y Pedro Balmaceda Toro, que circuló en marzo de 1887.

— El ejercicio del cargo de guarda inspector de la Aduana de Valparaíso (abril-junio, 1887).

— La escritura de catorce rimas becquerianas (que tituló *Otoñales*) y del *Canto épico a las glorias de Chile*, basado en documentación suministrada por su amigo Eduardo de la Barra, que enviaría al Certamen Varela; con las primeras composiciones, obtuvo el octavo lugar y con el segundo texto el Primer Premio —300 pesos— compartido con otro amigo: Pedro Nolasco Préndez (julio, 1887). Y, entre otras actividades no menos importantes — como la elaboración y publicación en *La Época* de cinco de los nueve cuentos que ingresarían en *Azul...*— su regreso a Santiago a principios de septiembre de 1887.

Para Darío, la capital chilena constituía la revelación de la urbe moderna, el centro cultural que necesitaba para gestarse plenamente, la atmósfera precisa para volar. Y lo mismo significaba, aunque un poco menos, Valparaíso. Por eso, antes de cumplir un año de estadía en Chile, escribió al general Juan J. Cañas, hombre público salvadoreño que en Managua le había aconsejado trasladarse al país austral: «me ha dado pena ver y comparar lo que (yo, J.E.A.) era en mi tierra y cómo se me trata y aprecia en Chile. Es también cierto, que quizás en esa (Nicaragua. J.E.A.) no habría hecho lo que aquí, por mil motivos. El primero, que aunque tengamos alas no podemos volar sin haber aire»<sup>6</sup>. En este caso, *aire* equivalía a las condiciones materiales que sustentaban su deslumbramiento ante la nueva realidad advertida, ante el esplendor de Santiago, sobre la cual escribió:

Santiago en la América Latina, es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago aristocrático. Quiere aparecer vestida de democracia pero en su guardarropa conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán, diseminado en la calle del Ejército Salvador, en la Alameda, etc. El Palacio de la Moneda es sencillez, pero fuerte. Santiago es rica, su lujo es cegador<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Allen W. Phillips: «Nueva luz sobre Emelina», en *Atenea, Concepción (Chile)*, n.º 415-416, enero-junio, 1967, págs. 381-404; reproducido en *Estudios sobre Rubén Darío. Compilación y prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. México, Fondo de Cultura Económica, Comunidad Latinoamericana de Escritores, 1968, págs. 203-222.*

<sup>5</sup> *Carta de Darío al general Juan J. Cañas suscrita en Valparaíso, mayo 25 en 1887, en Miguel Ángel Gallardo: Papeles históricos. Vol. 2. Santa Tecla (El Salvador), Colegio Santa Cecilia, 1964, pág. 260.*

<sup>6</sup> *Ibid.*, pág. 259.

<sup>7</sup> Rubén Darío: «Prólogo al libro *Asonantes de Narciso Tondreau*», en *Diego Manuel Sequeira: Rubén Darío criollo en El Salvador. León, Editorial Hospicio, 1964, pág. 39.*

Como se ve tenía muy presente —a unos meses de haber regresado de Chile— el lujo de Santiago que había transformado su visión: «Toda dama santiaguina tiene algo de princesa —continuaba—. Santiago juega a la Bolsa, come y bebe bien, monta a la alta escuela y a veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, El Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla a fondo; es seria y absolutamente aristocrática... Santiago gusta de lo exótico y en la novedad se siente cerca de París. Su mejor sastre es Pinaud y su *Bon Marché* la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. A pie anda poco. Va a misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta sangre viva, la rosa roja de los labios».

Con estas líneas, y otras del mismo artículo, el inhibido joven nicara-güense que era Darío a su llegada a Chile —ya transformado exterior e interiormente—, retrató el proceso que estaba experimentando la capital de ese país: su carácter de sociedad refinada en la que relucía el lujo capitalista. «Santiago —proseguía— es frío y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que se produce las alegres y derrochadoras emigraciones a las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda a galope. Por eso el santiaguino de los santiaguinos fue Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro de Santa Lucía. Esta es una eminencia llena de verdores, de estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioskos, teatro, fuentes y rosas<sup>8</sup>. Santiago, pues —con sus paseos, calles llenas de gente, edificios, monumentos, pinacotecas— era «alegría para sus ojos» —señala Torres Ríoseco, quien agrega: «Muchas noches de luna, acompañado de alguna dulce mujer, camina el poeta por los silenciosos senderos del parque Cousiño y se imagina, en presencia de los lagos y los cisnes, una Venecia de ensueño»<sup>10</sup>.

Además de exterior, el lujo de la capital chilena era interior y lo promovían sus mujeres ricas. En otras palabras, se generaba en ella el proceso que Werner Sombart ha desarrollado en su obra *Lujo y capitalismo* (1979), advirtiendo las cuatro tendencias del lujo en la sociedad burguesa moderna: a la *interiorización* (o privatización, es decir, ya no tan público como doméstico); a la *objetivación* (más que en séquito improductivo, en objetos: adornos, alhajas, trajes); a la *sensualidad y refinamiento* (o satisfacer, antes que valores ideales —por ejemplo, el arte—, los instintos inferiores de la animalidad, la recreación de los sentidos, con los objetos suntuarios elaborados con materiales raros y costosos); y a la *condensación del tiempo* (o

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> Arturo Torres Ríoseco: *Vida y obra de Rubén Darío*. Op. cit., pág. 27.